

LAS IDEAS POLÍTICAS DE JUAN PABLO II

Enrique Suárez-Iñiguez

Resumen

En este artículo el autor expone las ideas políticas de Juan Pablo II y muestra la enorme importancia que tuvieron. Establece, también, la diferencia entre asuntos de fe e ideas políticas y muestra que el Papa era, a diferencia de lo que opina un sector, un Papa progresista, cuyas ideas políticas son compartidas por todo aquel que crea en la dignidad y la libertad humanas, en la democracia y las sociedades abiertas.

Abstract

In this paper the author explains the political ideas of Pope John Paul II and their great importance. The author establishes also the difference between matters of faith and political ideas and shows that, contrary to some opinions, the Pope was a progresist Pope whose political ideas are shared by all those who believes in human dignity, liberty, democracy, and open societies.

“Tengo el honor de presentarte a la más
alta autoridad moral en la tierra”
Gorbachov a Raisa, Vaticano, 1989.

Aparte de la enorme importancia que tuvo el Papa Juan Pablo II en lo que era su tarea, la religiosa, no hay duda de que tuvo también una decisiva relevancia en asuntos de índole política. A él, más que a nadie, debemos la caída del comunismo. Pero son muchas sus ideas políticas. Para ciertos sectores de la sociedad, minoritarios por cierto, Juan Pablo II tuvo fama de conservador. Esos sectores confunden lo que es objeto de fe con lo que son asuntos sociales y políticos. Trataré de mostrar que, en lo político, el Papa Juan Pablo II no fue un conservador y que expresó puntos de vista que son compartidos por creyentes y no creyentes.

Lo primero, pues, que me interesa marcar es que los asuntos de fe no son lo mismo que las opiniones sociales o políticas. La fe está constituida por las creencias religiosas, por la creencia en Dios. Para el cristiano, esas creencias se basan en las Sagradas Escrituras y en la tradición y hay tres grandes corrientes cristianas: los católicos, los protestantes y los ortodoxos. Los protestantes, a su vez, se dividen en tres corrientes principales: anglicanos, luteranos y calvinistas. Hay otras religiones no cristianas pero todas se basan en la fe y la fe es como los principios: para quien los tiene no son negociables, no son cambiables.

La mayoría de críticas hechas al Papa Juan Pablo II acusándolo de conservador son en asuntos de fe como los relativos al aborto, a la eutanasia, al matrimonio entre homosexuales o al uso de anti-conceptivos. Esperar que el máximo representante de la Iglesia católica variara su posición al respecto sería tanto como pedirle renunciar a su fe y a su labor. En cambio sus ideas políticas son relativamente poco conocidas. ¿Cuáles son las ideas de Juan Pablo II sobre el trabajo, la explotación, las clases más desprotegidas de la población, el capitalismo, el socialismo, las libertades, la democra-

cia, el totalitarismo, la riqueza o la pobreza, la guerra y la paz? Esas son las ideas que debemos conocer antes de calificarlo de progresista o conservador (para aquellos que les gusta etiquetar y que sólo así “organizan” su mundo).

Juan Pablo II expresó su pensamiento a través de encíclicas, cartas apostólicas, constituciones apostólicas, discursos, etcétera. Todo lo que apareció con su nombre lo escribió él, al menos en un primer borrador, y revisó y corrigió lo realizado por sus asesores después. Lo más importante de sus escritos son sus encíclicas, la mayoría sobre asuntos de fe, pero hay algunas que tratan de asuntos sociales y políticos *en su relación* con las cuestiones religiosas. Es evidente, por ejemplo, que ciertos sistemas políticos prohíben las creencias y prácticas religiosas y otros las favorecen, de ahí que los Papas aborden estas cuestiones. Así, el Papa León XIII publicó, a finales del siglo XIX, la encíclica *Rerum Novarum* en la que hablaba de los problemas que el siglo XX traería consigo y entre ellos criticaba al capitalismo deshumanizado de su tiempo y a la creencia de que la libertad de mercado resolvería todo. Señaló que eso podría producir más explotación y por ende más injusticia, así como fortalecer al socialismo que preconizaba el ateísmo, y así sucedió.

Juan Pablo II recordó esa encíclica en la suya *Centesimus Annus* publicada en 1990 después de la caída del socialismo y donde advertía los peligros del siglo XXI. Para el Papa, esos peligros eran aquellos que atentaban contra la dignidad del hombre. La labor de los sistemas sociales y de los regímenes políticos era buscar el bien humano. La dignidad e individualidad del hombre, así como su bien constituyen el punto central que está detrás de sus ideas políticas y sociales. En su encíclica *Redemptor Homini* de 1979 escribió: “El hombre es el camino de la Iglesia, es la clave para comprender la esencia de su enseñanza”.

Para el Papa, el socialismo era malo, ante todo, porque había cancelado las libertades y en particular la libertad de creer y practicar la fe. Pero era malo también por lo que llamó un “error

antropológico”: no comprender la naturaleza humana al cancelar la individualidad y someterla a la colectividad. Considerar así al ser humano significaba despojarlo de su identidad propia, considerarlo una pieza más de la enorme maquinaria social y no como un ser autónomo y libre. Coartar así la libertad y la naturaleza humana sólo podía realizarse mediante la coerción. Recuérdese que Juan Pablo II padeció los dos sistemas totalitarios del siglo XX, el nazismo y el socialismo, y que su patria misma estuvo sojuzgada por esos dos sistemas. El Papa sabía de lo que estaba hablando.

En *Centesimus Annus* Juan Pablo II dedica más espacio a la crítica del capitalismo pues el socialismo ya se había derrumbado en lo fundamental. Lo escrito por el Papa sorprenderá sin duda a quien no conoce sus ideas políticas. Su enfoque es, de nuevo, el que favorece el bien y la dignidad del ser humano.

Juan Pablo II critica al capitalismo que ve al hombre sólo como una unidad de producción y consumo. Lo importante para quienes así piensan, es que el individuo produzca bienes y que haya un consumo cada vez mayor de cosas innecesarias. Eso lleva a fomentar, de distintas maneras, el afán por poseer, en la creencia de que la riqueza produce la felicidad. Se crea, así, un individuo egoísta al que no le preocupan los demás. Para poder enriquecerse (o sobrevivir el que poco tiene) debe trabajar cada vez más y así descuida la familia, los amigos, la admiración de la naturaleza o la belleza y, ciertamente, a Dios.

El capitalismo desarrolla la creatividad humana pero muchas veces produce sólo por producir. Se piensa que lo nuevo es bueno sólo por ser nuevo y se fomenta una demanda artificial. Ese tipo de capitalismo “cosifica” al hombre. Muchos aceptan esa condición porque necesitan trabajar y firman contratos que después los esclavizarán.

En su encíclica *Laborem Exercens*, de 1981, Juan Pablo II estableció la postura de la Iglesia sobre el trabajo. Este es más importante que el capital, por consiguiente el capital debe servir al trabajo. El trabajo es realizado por personas, no es una mercan-

cía. Es la relación entre personas lo que produce el verdadero valor del trabajo. La economía, entonces, debe centrarse en el bien de la persona y servirle. Juan Pablo II llega incluso a proponer formas: destinar parte de las utilidades a la creación y mejora de los lugares de trabajo; repartir las utilidades tomando en cuenta la situación del trabajador, si tiene familia, cuántos hijos, etcétera; y destinar a funciones sociales los bienes producidos.

El Papa también se refiere al trabajo de inmigrantes y discapacitados. El derecho al trabajo es para todos y por ello no debe haber discriminación para otorgarlos o para dar distintos salarios o condiciones laborales. Es inadmisibles negarles, por ejemplo, la seguridad social. Para el Papa, “el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo”. Su postura también se deriva de lo dicho por Dios: “Llenen la tierra y sométanla”. El trabajo hace al hombre más hombre. No hay que olvidar que Juan Pablo II fue un trabajador que picó piedra en la Polonia ocupada y por ello conoció en carne propia las condiciones de vida de un trabajador. Tampoco hay que olvidar que a su muerte no dejó nada porque nada tenía. Fue siempre un hombre modesto.

El Papa pensaba que la propiedad privada ayuda a la paz, pues cuando la gente no tiene nada surgen los conflictos. Cuando se tiene algo se aprende a cuidarlo. Pero la propiedad privada debe tener un “destino social”. Según Juan Pablo II existe también una versión buena del capitalismo que fomenta la creatividad y las virtudes morales. En vez de competitividad, cooperación; en vez de explotación, solidaridad con los que menos tienen. En esta forma de capitalismo la empresa debe buscar no sólo utilidades sino crear vínculos de amistad, alegría de trabajar juntos, conciencia de producir bienes necesarios, etcétera. Esto incluso se ha llevado a la práctica por la Asociación Católica de Círculos Económicos, Club de San José, grupo de empresarios que trabaja según las enseñanzas de Juan Pablo II.

La riqueza que produce el capitalismo debe ser encaminada a ayudar a los demás. La solidaridad humana es esencial. En su

viaje a Estados Unidos en 1979, en el estadio de los Yankees, en Nueva York, el Papa señaló que no era menester renunciar a la riqueza y a los bienes materiales sino compartirlos con los más necesitados, pero que tampoco se trataba de dar a los pobres “sólo las migajas de la mesa”. En *Centesimus Annus* señaló que hay que saber interpretar lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo sobre el rico y el ojo de la aguja. En esa época la riqueza por lo general se conseguía a través de la guerra y la conquista, es decir, de forma inhumana y eso es lo que condenó Jesucristo, pero también, según el Papa, lo que quiso señalar Nuestro Señor fue que no se es mejor por tener más. Para Juan Pablo II la riqueza sólo es válida si se logra de manera honrada y moral, sin violar las leyes ni los principios éticos y evidentemente esto lleva tiempo. Tampoco debe convertirse en una adicción y lo que se logre debe compartirse con los demás. Esto es el destino social de la riqueza. Juan Pablo II pareciera coincidir con la posición de Rawls de que es legítimo prosperar sólo si se beneficia a alguien más, y de la necesidad de establecer mecanismos de distribución de la riqueza encaminados a mejorar la condición de los más desafortunados.

El Papa habló también de lo que llamó el “cuarto mundo”, aquel formado por los viejos, los enfermos y los incapacitados. Los que tienen deben contribuir al mantenimiento de este cuarto mundo. Señaló asimismo que los países ricos deben ayudar a los países pobres y que deben encontrarse formas efectivas de hacerlo. No se trata, por ejemplo, de condonar la deuda externa de manera total sino de buscar mecanismos de ayuda a los más necesitados; de que ese dinero se dedique a programas específicos de combate a la pobreza, de otra forma a quienes se beneficia es a los gobiernos. Por la misma razón, Juan Pablo II se opuso también a las sanciones y bloqueos económicos pues a quienes más afectan son a los pobres.

De lo que se trata, entonces, es de la dignidad y valor del hombre, por un lado, y de atender las necesidades de los menos afortunados, por el otro. Cancelar la deuda de un país no necesaria-

mente beneficiará a los más pobres, el gobierno puede destinar el dinero que pagaría a fines muy distintos. Establecer bloqueos económicos no necesariamente obliga a un gobierno a cambiar sus políticas básicas ni produce la caída de ese gobierno. El caso de Cuba lo ejemplifica con claridad. Su gobierno ha soportado durante décadas el bloqueo y quien lo ha sufrido es el pueblo.

A Juan Pablo II tampoco le parece bien el llamado Estado benefactor pues inhibe la iniciativa y creatividad humana al funcionar de manera paternalista. Este tipo de Estado fomenta el clientelismo político y no la satisfacción de las necesidades más urgentes del pueblo. Según el Papa, el Estado debe ayudar cuando no hay nadie más que lo haga, pero lo que se debe hacer es promover y facilitar el trabajo de los individuos y se requiere, también, la existencia de instituciones privadas que, junto con las de la Iglesia, proporcionen la ayuda necesaria. Cuanto más auto-organización exista, más fuerte será la sociedad.

Para el Papa, la política no debe ocupar todos los espacios del hombre. Como Dahrendorf, piensa que el ciudadano total es nocivo. Las libertades del hombre y su fuerza moral y religiosa son indispensables. La Iglesia y el Estado deben estar separados, pero el Estado debe respetar la libertad de culto.

Sobre la democracia Juan Pablo II también se expresó. Consideró a la democracia un bien y recordó que el cristianismo tuvo un papel decisivo en su desarrollo. (Recuérdese que también Sartori ha señalado que la parte electoral de la democracia fue invento de los monjes en el siglo VIII.) La democracia, para Juan Pablo II, estableció la igualdad de los hombres y para el catolicismo los hombres son iguales porque todos son hechos a semejanza de Dios. La democracia permite además el cambio de dirigentes sin derramamiento de sangre (Juan Pablo II debe haber leído a Karl Popper al expresar esta idea). Sin embargo, la democracia no resuelve todos los problemas. Si no se basa en principios éticos puede convertirse con facilidad en un régimen totalitario. La democracia en manos de gente inadecuada es una amenaza para el género humano.

No hay que olvidar que Hitler llegó al poder de manera democrática. Tampoco hay que pretender, como hacen algunos, que todo se resuelva por el voto, pues existen decisiones que no dependen del número. Los principios morales no pueden establecerse o aceptarse por medio de votos. Si la mayoría votara por eliminar una minoría étnica, por ejemplo, no por eso estaría en lo correcto y el hacer eso sería inmoral, dice el Papa.

Para evitar el riesgo de que personas inadecuadas lleguen al poder por vía democrática, la educación del ciudadano es vital, como lo es también el conocer al postulante a un cargo: quién es, qué ha hecho, cuál es su posición ante determinadas cuestiones, entre ellas, la religión y la libertad de culto.

Juan Pablo II no sólo expresó sus ideas políticas y sociales a través de encíclicas y discursos, sino también a través de la diplomacia y las acciones. Hay que tener presente que el Papa es la cabeza de la Iglesia católica pero también el Jefe del Estado Vaticano. De ahí que también participe en política. Pero entiéndase bien, lo hace en la medida en que está en relación con la libertad y la dignidad del hombre.

La importancia que Juan Pablo II iba a atribuir al papel de la Iglesia en la lucha por la paz y los valores morales del hombre, se manifestó al recibir al cuerpo diplomático acreditado ante el Vaticano cuatro días después de su elección, o sea, antes de la inauguración oficial de su pontificado. Lo que entonces dijo muestra cómo debe entenderse el papel de la Iglesia en los asuntos humanos; su participación en la diplomacia. Esta participación, dijo,

no significa confundir las competencias ...significa únicamente el reconocimiento de los valores temporales positivos, el deseo de diálogo con los que legalmente cuidan el bien común de la sociedad [preciosa y exacta definición], la comprensión de su papel casi siempre difícil, y el entendimiento y ayuda para que puedan realizar sus aspiraciones humanas. [Esto se logra] ante todo, gracias a la formación de las conciencias y la contribución a la justicia y la paz internacionales. Cuando realiza esta labor, la Santa Sede no pretende rebasar su papel pastoral. Pero ¿es posible no

demostrar interés por el bien y el desarrollo de las naciones en este mundo si se está preocupado por cumplir las directrices de Cristo y preparar la salvación eterna de los hombres, lo que es la responsabilidad principal de la Iglesia?

Desde el inicio de su pontificado, Juan Pablo II luchó siempre por la paz. En 1979, en Irlanda, dijo: “No crean en la fuerza, no apoyen la violencia, ese no es el camino del cristiano, ese no es el camino de la Iglesia católica. Crean en la paz, el perdón y el amor, porque ellos son de Cristo”. Ese mismo año, y a petición de los gobiernos de Argentina y Chile, aceptó mediar en el conflicto territorial entre esos países que amenazaba con convertirse en una guerra. En 1984, en el Vaticano, se firmó el decreto a favor de la paz entre ambos países.

El Papa también luchó por la paz en Líbano a través de acciones diplomáticas, llamados contra la guerra, convocando al Sínodo de Obispos a una asamblea especial sobre esa región y visitando el país en una misión de paz. Lo mismo ha hecho en otros casos como en la guerra de los Balcanes: acciones diplomáticas, exhortaciones a la paz, visitas a Sarajevo y Croacia. En Sarajevo en abril de 1997 dijo:

¡Nunca más guerra, nunca más odio e intolerancia! Hay que sustituir la inhumana lógica de la opresión por la lógica constructiva de la paz. El anhelo de venganza tiene que dejar lugar a la fuerza liberadora del perdón, que se opone al fanatismo nacionalista que lleva a los conflictos étnicos.

Se manifestó también cuando la salida de miles de refugiados albaneses de Kosovo y contra el bombardeo de la OTAN a esa región. Enfáticamente se expresó contra el genocidio cometido en Ruanda. Convocó al Sínodo para Africa y ahí señaló: “Que callen el odio y las armas que han derramado ya tanta sangre en esta martirizada región. ¡En nombre de Dios, que callen las armas de inmediato! Ruanda y Africa necesitan paz.” Juan Pablo II

habló también en defensa de la independencia de Timor Oriental y contra la guerra en Sudán.

Especialmente importantes, aunque infructuosas, fueron sus palabras y acciones diplomáticas en contra de la guerra del Pérsico y de la más reciente en Irak, sobre la cual insistió en que deberían agotarse las acciones diplomáticas en apego a los acuerdos de la ONU.

Juan Pablo II no sólo exhortó a través de discursos y mensajes de todo tipo; no sólo señaló directrices para los católicos a través de sus encíclicas, sino que elaboró una política diplomática que cambió radicalmente la tradicional política del Vaticano. El Papa no dio por sentado que la geografía política producto de Yalta fuera definitiva. A través de acciones y palabras transformó esa geografía. A él, más que a nadie, debemos la caída del socialismo. Pero entiéndase bien: no luchó contra el socialismo por motivos de índole política o económica, aunque claramente estaba a favor de la democracia y de un capitalismo humano, como hemos visto antes. Sus motivos eran morales: la defensa de la dignidad y valor del hombre y de sus libertades, incluyendo, por supuesto, la libertad de creencia y práctica religiosa. La ideología comunista, así como su ejercicio, atentaban contra esa dignidad y esas libertades; impedían la realización plena del individuo y preconizaban el ateísmo. El comunismo era un mal moral y social. Había que combatirlo. Desde el principio de su pontificado empezó esa labor. En su primer viaje a México criticó la Teología de la Liberación que se basa en el marxismo y señaló que la labor de los sacerdotes era otra, la establecida en los Evangelios. En su primer viaje a Polonia criticó el orden establecido en Yalta, y en Nueva York, en su discurso ante la ONU, criticó los regímenes que cancelan las libertades del hombre y en particular la de credo.

Su primer viaje a Polonia fue el inicio de la transformación de Europa central y del este. Sin su apoyo y estímulo difícilmente hubiera fructificado la labor de Lech Walesa al frente del sindicato Solidaridad. Los comunistas temían al Papa. Basta ver las

filmaciones de sus viajes a Polonia. En una de ellas se ve al Secretario General del Partido Comunista literalmente temblar: el camarógrafo enfocó sus piernas que ostensiblemente temblaban mientras el Papa leía su discurso. Pero no sólo fue Polonia. En Checoslovaquia apoyó enfáticamente al cardenal Tomaszek que antes había tenido una actitud conciliadora con los comunistas y que, después del apoyo del Papa, se convirtió en un crítico agudo de ellos. En Ucrania, en Hungría, en la entonces Yugoslavia, la política de Juan Pablo II fue un impulso para la defensa de las libertades del hombre, política que implicaba el cuestionamiento del régimen comunista. Cuando lanzó el llamado que tuvo un impacto mundial —“no tengan miedo, abran las puertas a Cristo”— y que fueron publicadas en los países de Europa del este, los comunistas entraron en pánico y empezaron a elaborar una política contra Juan Pablo II. El servicio exterior soviético y la KGB, a través de los medios de difusión, plantearon que la política del Papa era peligrosa incluso para la propia Iglesia. Aunque no se probó oficialmente nada, en el atentado contra su vida que sufrió en 1981 a manos de Ali Agca, algunas investigaciones y muchos medios de comunicación apuntaron a los gobiernos comunistas y en especial a la KGB, quizá a través de “la pista búlgara”. El propio Agca reconoció a empleados de la Embajada de Bulgaria y señaló cómo había de escapar: dentro de un contenedor que saldría de esa Embajada. A los pocos días salió un contenedor de ahí que supuestamente llevaba al cómplice de Agca.

En noviembre de 1982 murió Brezhnev y lo sucedió Yuri Andropov, un anticatólico acérrimo, luego Chernienko y finalmente Gorbachov que inició sus políticas de la *glasnost* y la *perestroika* y quien fue un actor decisivo en la transformación de Europa del este. De él dijo años más tarde el Papa: “a este hombre nos lo dio la Providencia”. Casi al inicio de su mandato, Gorbachov, a través de su canciller Gromyko, llamó por teléfono al Vaticano para explorar la posibilidad del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Moscú y el Vaticano. Posteriormente Gromyko fue sustituido por Shevardnadze y por primera vez desde 1917, un cardenal,

Agostino Casaroli, entraba al Kremlin con una carta de Juan Pablo II para Gorbachov. Las relaciones diplomáticas se establecieron. En diciembre de 1989 Gorbachov y su esposa Raisa visitaron el Vaticano, donde Gorbachov se refirió al Papa con las palabras que utilizo como epígrafe de este trabajo.

Aunque Juan Pablo II visitó otros países de Europa del este hasta después de la caída del socialismo, en algunos de ellos ya había sido invitado antes de ese suceso. Por ejemplo, en 1984 el arzobispo de Zagreb y presidente de la Conferencia Episcopal de Yugoslavia declaró, en una entrevista, que se habían iniciado los preparativos para la visita del Papa. En agosto de 1988, tanto la Conferencia Episcopal como el gobierno comunista de Hungría lo habían invitado y fijado la fecha de su visita para 1991, como así sucedió. En Yugoslavia, en cambio, no se pudo efectuar sino hasta 1994 cuando ya ese país se había desintegrado.

En Checoslovaquia, país no católico, el antes disidente y poeta Vaclav Havel fue electo presidente en diciembre de 1989, poco después de la caída del muro de Berlín, y casi inmediatamente viajó al Vaticano donde se anunció la visita del Papa a ese país para abril del siguiente año, sólo cuatro meses más tarde. En 1993 Juan Pablo II visitó Albania que antes se había definido como el primer Estado totalmente ateo. La religión había renacido y se había reactivado la jerarquía de la Iglesia católica. La catedral de Shkodra había sido reabierto al culto y el Papa consagró ahí a cuatro obispos albaneses.

Juan Pablo II también visitó Angola, devastada por una cruenta guerra civil y en 1998 finalmente visitó Cuba. La multitudinaria y cálida recepción que tuvo mostró la imposibilidad de que un gobierno, por decreto, prohíba la creencia en Dios. Castro sabía que para que su régimen sobreviviera tenía que aceptar la visita y oír la crítica del Papa y lo vimos vestido de civil y en primera fila, atendiendo la Misa.

El socialismo se derrumbó por muchas razones: porque finalmente fue un fracaso económico, porque surgió un nuevo tipo de

corrupción; porque canceló las libertades humanas, las de circulación interna y externa, las de asociación y expresión, las de conciencia y pensamiento, las de prensa, las personales; por pretender cancelar el valor del individuo y colectivizarlo todo; pero también por prohibir la creencia en Dios y decirle al individuo en qué podía creer y en qué no; qué podía leer y qué no; o qué tipo de música y arte era “revolucionaria”, y por ende aceptable, y cuál no. En suma, como todo totalitarismo, por no separar la vida pública de la privada. Por todo esto el socialismo se derrumbó, pero también por el papel que ciertos individuos y fuerzas políticas jugaron en ese proceso, y de todos ellos el Papa fue el más importante, el decisivo. Sin él el proceso hubiera tardado muchísimos años más. Esto solo bastó para que los millones de hombres y mujeres que padecieron el yugo del socialismo le estén agradecidos; pero también los millones que creemos en la dignidad del hombre, en los valores morales y en las libertades humanas, incluyendo la libertad de creer en Dios.

Por todo lo aquí expuesto, creo haber mostrado con claridad que es totalmente incorrecto calificar a Juan Pablo II de “conservador”, todo lo contrario, fue un Papa progresista que no sólo predicó sino contribuyó a transformar al mundo y que, hasta el final, estuvo entregado a las mejores causas del ser humano. El Papa, además, previó los peligros de las transformaciones realizadas y nos puso en guardia contra ellas. Como analistas políticos tenemos que ser más serios y no aceptar y propagar ideas falsas, provenientes, casi siempre, de los medios de comunicación y de ideologías. Las ideas políticas del Papa Juan Pablo II en torno al trabajo, el socialismo, la democracia, las libertades, el totalitarismo, la riqueza, la pobreza, la explotación, la guerra o la paz, son compartidas por millones de católicos y no católicos, de creyentes y no creyentes. Son ideas que defienden la dignidad del hombre y los mejores valores del ser humano.
